

La crisis de los sesenta

FABRIZIO MEJÍA MADRID

No todas las personas que deben impuestos piensan en formas extremas para no pagar. El común de los deudores trata de esconderse del fisco, cambia de domicilio, se deshace de los muebles embargables, y termina en juicios. Pero si usted le debiera al gobierno unos seis millones de dólares, acaso su mente empezaría a trabajar más rápido. Eso es exactamente lo que hizo Téllez la décimo primera noche de insomnio. Y tuvo una idea. No estaba acostumbrado a tenerlas, así que sudó a chorros cuando le brotó; tanto, que humedeció el respaldo de la silla. La idea era genial, única —nunca había escuchado que alguien la llevara a cabo—, aunque un poco compleja, pues requería algunos cómplices. Con el corazón acelerado, se levantó de la silla con un ruido pegajoso —*stikks*— y subió de dos en dos los interminables escalones hacia la recámara de su esposa, Fanny.

A pesar de que tenía ya tres meses, dos semanas, un día y dieciocho horas sin fumar, Téllez era un hombre que se agotaba con facilidad. Llegó a la alcoba de Fanny con un extraño resorteo en la pierna derecha. Así que, para disimular, decidió dar vueltas alrededor del recibidor de la recámara, donde Fanny parecía estar viendo una película.

—Fanny, lo tengo —dijo.

Fanny despertó, con los anteojos bifocales resbalados un tramo por el puente de su deforme nariz —nunca quedó bien de la segunda cirugía plástica—, y lo miró con los ojos de hastío.

Había sido una mujer muy atractiva, pero allá por los sesentas. Ahora, era del tipo de cincuentayochona con problemas para no roncar, dolores de artritis, espasmos de histeria del tipo YA NADIE ME NECESITA. Así que Téllez se dispuso a demostrarle que él, su marido de toda la vida (se acostó

con la animadora de la alberca del yate donde pasaron su luna de miel. Pero claro, fue allá en los sesentas), la necesitaba como cómplice en una solución que les dejaría sus seis millones reproduciéndose en el incitante trópico de Gran Caimán. Necesitaba a su mujer, la legal, la que había sufrido en silencio durante treinta y cinco años de matrimonio, con una tarjeta de crédito por toda recompensa:

—Me autosequestraré —casi gritó Téllez, la voz entrecortada por la falta de aliento, la pierna queriéndose ir de paseo por la alfombra.

—¿De qué hablas, Téllez? —le decía así, Téllez, y claro, se habían conocido en los sesentas y ya desde entonces nadie se llamaba como le habían bautizado, sino por el apellido o con apodosos humillantes. De hecho, su esposa no se llamaba Fanny, sino Lucila, y los amigos la habían rebautizado Fanny por un ahora irrastreable parecido con una actriz de moda, allá en los sesentas.

—Lo tengo todo pensado, Fanny —dijo Téllez—. Si me secuestraran y pidieran un rescate de seis millones de dólares, yo le podría decir al gobierno: “Miren, me secuestraron, tuve que dar el dinero y no tengo con qué pagarles”. Y la prensa, los periodistas, me apoyarán: “Primero resuelvan el asunto de la delincuencia, y luego cobren impuestos”, dirán. Así que fingiremos que me secuestran.

—¿Pero de dónde sacas esa idea? —murmuró Fanny con un quejido típico que, después de treinta y cinco años de matrimonio, Téllez interpretaba con soltura: HARTAZGO.

—Se me ocurrió ahora mismo, Fanny —alcanzó a explicar Téllez.

—¿Y por qué mejor no finges algo menos complicado?

—¿Alguna sugerencia? —jadeó Téllez.

—No sé. Por ejemplo, que necesitas un trasplante de riñón que cuesta seis millones de dólares. Eso conmueve a los periodistas, la gente pedirá que el gobierno no sea cruel, saldremos en las noticias.

—No es mala idea —retrocedió Téllez, sacudiendo un poco la pierna en el aire, como un perro frente a un árbol.

—Al menos no es tan peligrosa —dijo Fanny rascándose la cabeza. Tenía esa forma de rascarse la cabeza cuando

—Bueno, los secuestradores tendrán que exigir el tradicional: "Si metes a la policía en esto, matamos al señor Téllez."

—Eso costará dinero. ¿Cuánto quieres gastarte en esto? ¿Los seis millones?

—No. Es que todavía no he pensado en los detalles.

—No estoy de acuerdo.

—No me importa. Nada más no le digas a nadie.

Y Fanny arrastró las pantuflas hacia adentro de su recámara. Azotó la puerta que sonó, como siempre: MIERDA.

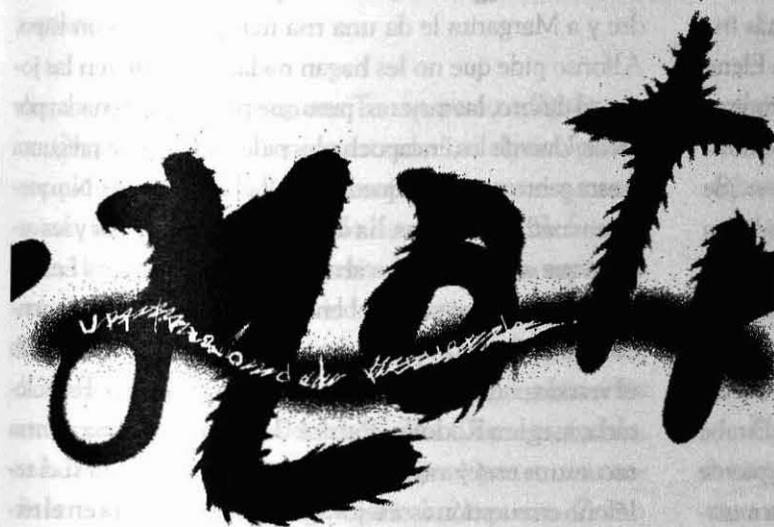
Así que, al mediodía siguiente, Fanny mira por la ventana de la recámara a su esposo hablando con Antuñano, el guardaespaldas de jueves y viernes. Fanny no cree que sea una buena elección porque, a pesar de ser un tipo fornido, Antuñano tiene una pierna más corta que la otra. No es una nimiedad, si ése es el que va a caminar entre sesenta invitados que conservarán hasta el más mínimo detalle en la memoria por los siglos de los siglos, amén. Fanny no conoce a los hijos de Antuñano, pero los puede imaginar: dos adolescentes envilecidos por una vida al lado del inepto de su padre, haraganeando todo el día, sintiéndose útiles sólo cuando empuñan, a escondidas, una de las armas que su padre deja sobre la mesa del comedor. (Es curioso cómo, cuando Fanny intenta imaginar la casa de alguno de sus empleados, sólo puede pensar en una mesa de comedor, pequeña, y con un mantel de hule transparente lleno de migas de pan.) Pero Fanny no está de humor para rediscutir el asunto, sobre todo, porque dará una fiesta dentro de exactamente treinta horas.

La fiesta de cumpleaños de Téllez. Son sólo sesenta invitados porque él así lo ha querido: desde que cumplió 57 años, dijo que, cuando cumpliera los sesenta, invitaría a igual número de gente, ni más ni menos:

—A los sesenta, uno ya sabe quiénes son sus amigos y quiénes sólo vienen a pedirte un favor —pontificó Téllez.

Y ahora cumpliría.

En opinión de Fanny, a su esposo los sesenta años se le habían convertido en una obsesión. Primero notó su empeño por hablar todo el tiempo de sexo: sus viejas hazañas, su supuesta potencia —"¿verdad, Fanny?", solía preguntar en público, a lo que ella siempre respondía con un



José Castro Leñero

do se despertaba, cuyo desenlace, tras treinta y cinco años de matrimonio, Téllez sabía anticipar: se abrían huecos de cabello, exhibiendo el cuero cabelludo de su esposa, quien ya llevaba diez, quince, quién sabe cuántos, tratamientos contra la calvicie, la mitad de los cuales Téllez había probado sobre su propia cabeza, con mucho peores desenlaces: ahora estaba obligado a llevar un peluquín que se ajustaba con un par de broches de metal remachados en el cráneo.

—A ver, Téllez —empezó Fanny, quitándose los anteojos bifocales y apagando el televisor—, ¿quién va a hacer todo el trabajo para fingir que te llevan, que mandan cartas para pedir el rescate, que lo recogen, que te dejan libre en medio de un bosque?

—Mi guardaespaldas y sus dos hijos.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Antuñano es al primero que va a investigar la policía.

incrédulo chasquido de lengua—, sus proposiciones con mirada de triple intención a las jóvenes amigas de sus hijos. Después notó que, en todo momento, necesitaba que alguien, el que fuera, aprobara lo que decía.

—La crisis de los sesenta —murmuró Fanny, mientras veía a su esposo meter la lengua entre el bigote de Antuñano.

* * *

Hacia las ocho y media comienzan a llegar los invitados. Olga dice que no le gustan las fiestas con poca gente porque todo mundo se dedica a vigilarte. Benjamín dice que no hay nada más propicio para las confesiones más íntimas que una fiesta de quinientas personas. María Elena dice que no importa que haya pocos invitados porque el jardín está bastante mal iluminado. ¿Y, cuando pasemos a cenar, porque aquí va a ver cena, no?, se pregunta Teresa. ¿Se han fijado cómo la gente sólo te mira de los muslos hacia arriba? El otro día llegué descalza a una cena y nadie lo notó, asegura Raquel. Pero Alfonso dice que eso es, simplemente, imposible. Ayer en la noche, sigue Alfonso, Marisela y yo, vimos, ¿verdad, amor?, un Lincoln blanco con la cabeza de un hombre colgando de una de las ventanas. ¿Estaba muerto?, quiere saber Teresa, pero su pregunta se pierde entre la respuesta de Marisela: No sabemos si estaba muerto o dormido. Pero, ¿no es extraño ver una cabeza colgando de la ventana de un Lincoln?, agrega Marisela. Alfonso dice que fue una escena, simplemente, horrible, que no pudieron dormir, y que es la primera vez que se la platican a alguien. Agustín pregunta si no estarían filmando una película y Raquel dice que eso explicaría varias cosas, aunque no menciona cuáles. Rodolfo dice que, en realidad, nada sucede en las calles de la ciudad y que todo es una escenografía para que la vean cien, doscientas personas, que son las únicas que no son actores de esa película. Margarita y Pedro ríen a coro. María Elena dice que, a lo mejor, algunos de los invitados esta noche no son sino actores. ¿Pero quién les paga sus salarios?, pregunta Lucina, y Rodolfo dice que él es el productor asociado pero que no conoce al director. Margarita vuelve a reír, ya sin la ayuda de Pedro que está pensando que el único director es Dios, pero no lo dice porque es un cliché. Raquel asegura que es por eso que nadie notó nada la noche que llegó a una cena descalza. Marisela no entiende, y Raquel explica: Porque estuve en una cena con actores, y en el guión no estaba que notaran que yo andaba descalza. Ya, dice Marisela. Pero hoy sí te has calzado, dice Benjamín. ¿Dónde compraste esos za-

patos?, quiere saber Teresa. En Macy's, dice, triunfalmente, Raquel. No me gusta venir a fiestas tan pequeñas porque todo mundo quiere saber en dónde compraste qué, repite Olga, casi en un susurro para Benjamín.

Los secuestradores encapuchados gritan que nadie se mueva, que mantengan las manos en la nuca y que, así, nadie saldrá herido. ¿Realmente esto me está ocurriendo?, quiere saber Teresa, pero no lo llega a preguntar; sólo se escucha un zumbido que proviene de la bomba de agua en la alberca. Los encapuchados ordenan que se vayan poniendo de rodillas alrededor de la piscina y que cierren los ojos. Pedro murmura que él sólo se arrodilla ante Dios Padre y a Margarita le da una risa más parecida a un hipo. Alfonso pide que no les hagan nada, que se lleven las joyas, el dinero, las tarjetas, pero que no les hagan nada, por favor. Uno de los encapuchados pide silencio y se pregunta si esta gente no puede quedarse callada un minuto. No queremos nada de ustedes, ha dicho otro secuestrador y les ordena que se tiendan boca abajo. David le murmura a Leticia que, en el comentario del encapuchado, nota cierto rencor social. Leticia aprovecha para decir que se ha mojado el vestido con el agua puerca en torno a la alberca. Está clorada, asegura Rodolfo. Patrick dice que la alarma contra secuestros está junto al teléfono. Alicia pregunta si el teléfono en cuestión está lejos. Natalia dice que está en el tercer piso, en el ala contraria de donde ellos están tendidos. María Elena hace notar que han apagado las luces, aunque eso es más que evidente. Carolina le pregunta a Alexis qué es lo que él tiene escondido entre el abdomen y el brazo izquierdo. Alexis asegura que no son joyas. ¿No será eso lo que buscan estos tipos?, se está preguntando Pedro, pero no hace ningún comentario. Pero es como si Alexis escuchara los pensamientos de Pedro, porque murmura: son cenizas, no creo que sea eso lo que buscan, aunque podría ser. Uno de los encapuchados grita sobreactuando que el señor Téllez no debe oponerse al secuestro. Y usa la palabra *secuestro*, algo nunca escuchado de los labios de un secuestrador profesional. María Elena hace notar que se están llevando al señor Téllez, aunque esto quedó claro hace un momento. Margarita empieza a llorar con tembloritos, como si las lágrimas le brotarán por la piel. Ésa fue la puerta, dice Alfonso. Marisela le pregunta si ya se habrán ido. Cállate, ¿quieres que nos maten a todos?, grita Pedro. Le contesta la voz ya lejana de uno de los encapuchados que dice que si alguien abre los ojos en ese instante, lo matará. Se hace un silencio con la bomba de agua de la alberca de fondo. Se escucha el timbre de la casa. ¿Nos po-



José Castro Leñero

dremos levantar ya?, pregunta Teresa, pero nadie se mueve. Olga le grita al "señor secuestrador", si alguien podría ver quién toca a la puerta. Benjamín suelta una risa mocososa muy dentro de la tráquea. No hay respuesta. Se fueron, dice Alfonso. Y, mientras los invitados se ayudan, unos a los otros, a ponerse en pie, el ruido de la conversación crece. Es la fiesta más emocionante que me ha tocado en meses, dice Margarita, todavía moqueando. Teresa pregunta si los secuestradores se habrán llevado la cena. Con el escándalo, nadie nota que Antuñano y sus dos hijos esperan, con medias en las cabezas, a que alguien les abra la puerta. Como no hay respuesta deciden irse. El señor Téllez debe haber cambiado de planes, apunta Antuñano, mientras se encamina con sus hijos a cenar por ahí.

La mañana siguiente, Fanny se deja maquillar por *madame* Walras, mientras piensa en qué preguntas pueden hacerle los reporteros.

—No arrugue la frente, señora Téllez.

—Perdón, *madame* —dice, mientras trata de calcular cuánto tiempo durará todo esto—. ¿Estaré lista para las doce del día? Usted ya sabe qué impacientes se ponen los periodistas en la sala.

—Estará a tiempo, señora Téllez, hermosísima como nunca.

Fanny no está segura si ese "nunca" es un insulto, pero prefiere revisar de nuevo lo que tiene planeado para la prensa. Lo ha repetido de memoria tres veces, pero siente que algo se le olvidará. Ha decidido que no llorará, sino que se mostrará como una mujer firme, dispuesta a defender la vida de su marido. Sus tres hijos estarán con ella, pero no

podrán sentarse frente a los micrófonos. Servirán sólo para abrazar; después de todo, ése es el único papel que los hijos deben desempeñar en las tragedias.

—¿Le pongo un poco de sombra debajo de los ojos, señora Téllez?

—¿Debajo?

—Sí, ojeras por mal dormir.

—No demasiadas, *madame*.

Pero *madame* Walras se sobrepasó con las sombras y la imagen de la señora Téllez en televisión terminó por mostrar a una mujer algo más que angustiada. Aunque, hay que decir, esa imagen no correspondió con su actuación al momento en que un reportero se levantó para leer un anónimo que había recogido por la mañana.

—Señora Téllez, debo decirle que vengo del lugar donde los secuestradores me avisaron telefónicamente que dejarían una carta para usted. La carta —siguió el reportero, mientras desdoblaba una hoja— dice así: "Fanny, esto es completamente en serio. Quieren seis millones de dólares. Lo juro. Paga lo que te pidan, porque esta gente sí me va a matar hoy. No están jugando." ¿Qué responde, señora?

—Les pido a los secuestradores que moderen sus pretensiones.

—Parece no temer a que los secuestradores maten a su marido.

—Se los pido porque es mucho. ¿Cuánto pagó Mitsubishi por su director general? ¿Cuánto pagó la familia Balboa, hace medio año? Los secuestradores deben ponerse dentro de las cotizaciones que existen. Están fuera del mercado.

Los periodistas sonrieron con esa última frase. La señora Téllez se había convertido en titular de los noticieros de la noche en que mataron a su marido. ♦